

Rector de la Universidad Católica, don Carlos Casanueva, le pide una conferencia sobre "Vida benedictina". La concurrencia abarrotaba la sala y Fray Pedro se encontró que no podía entrar. Lo empujaban hacia afuera, indignados, a pesar de sus protestas:

—¡Pero si yo soy el conferenciante!

Con todo logró su propósito de fundar el Monasterio benedictino en Las Condes, en la capital, donde en la actualidad reposa. En sus últimos años emprendió una nueva colección pictórica, la vida de San Benito, en catorce acuarelas policromadas, obra aún inédita y que es celosamente conservada en el Convento. Ojalá algún día se haga un estudio sobre su obra y se edite una colección de ellas para justipreciar los esfuerzos de quien pintó nuestras glorias patrias y tantos motivos religiosos.

Mientras tanto, debemos sentirnos muy satisfechos que sus *Memorias* hayan salido a luz publicadas por la Editorial del Pacífico, porque son el testimonio de un hombre, de un artista y de un religioso que prestigió todas las actividades que emprendiera. En ellas no hay revelaciones sensacionales —el autor tenía excelente criterio—, porque en el punto donde la curiosidad aumenta, su repentina vocación religiosa, el señor Subercaseaux guarda una discreción británica; se trata de un hecho estrictamente personal, el que orientó su vida hacia metas que antes no había soslayado, una vida fructífera en beneficio de la colectividad.

Dice la presentación de estas *Memorias* —recorridas por un soplo de vitalidad— que Fray Pedro Subercaseaux jamás intentó ser escritor. Craso error. Escribe Emerson: "El talento por sí solo, no hace a un escritor. Debe haber en cada libro, un hombre". En esta obra maravillosa aparecen buriladas con enérgicos caracteres todas las facetas de su ejemplar existencia.

Tomás P. Mac Hale.

<https://doi.org/10.29393/At394-139AVTM10139>

*Andanzas por la Vieja España*, de JULIO ALEMPARTE.

Editorial Andrés Bello, 1961

Muchos chilenos, a su regreso de España, han consignado por escrito sus impresiones sobre el particular, pero ninguno ha hecho una relación tan erudita como la que nos ofrece don Julio Alemparte en sus *Andanzas por la Vieja España*. No se trata aquí de la fresca y amena visión como la que hace poco nos brindara Salvador Reyes en sus deliciosos *Saludos al Pasar*, pues se ha empleado un criterio enteramente opuesto. *El señor Alemparte*, que es autor de una monografía histórica de mérito, *Los Cabildos en Chile colonial*, ha cedido a la tentación de incorporar al texto de su libro copiosos datos relacionados con la historia española, pues a fin de cuentas él es historiador y ha pretendido escribir una obra de peso, alejada de la visión intrascendente que muchos acostumbran dar cuando escriben sobre viajes.

Escribe en el Prólogo el señor Alemparte que "no sólo he querido darme el placer de revivir el viaje, basándome en mi Diario, sino el de complementarlo con citas de más de un centenar y medio de autores, de diversas épocas y nacionalidades, que hacen de este libro un repertorio de datos, sobre todo

históricos y artísticos, salpicados de pequeños detalles, leyendas y curiosidades, que son como la sal de la Historia". El viaje en referencia lo hizo el señor Alemparte hace más de diez años, con motivo de un Congreso de Historia —la disciplina que al parecer más le agrada—, acompañado de Raúl Marín Balmaceda y Jorge Allende, que integraban además la delegación, a la que se agregó en España el diplomático, escritor e historiador Juan Mujica. Durante su estada en la Madre Patria tuvo oportunidad de viajar extensamente por todo su territorio y anotar sus impresiones, que complementara en dos oportunidades, cuando de nuevo se dirigiera a la península.

La relación del viaje mismo ocupa, a lo sumo, una décima parte de esta obra, que se extiende por más de 600 páginas, porque la historia española abarca todo el resto. El autor cuenta someramente su llegada a Bilbao y luego procede a referirse a los orígenes, importancia histórica y carácter de los vascos a lo largo de varias páginas. Y así sucesivamente, en todo su libro. No bien llega a una ciudad, por modesta que sea, comienzan las disquisiciones sobre toda clase de materias: artísticas, históricas, geográficas, arqueológicas, y el lector, con toda paciencia, ha de soportar largos discursos en que desfilan infinitud de datos, que tienen la desventaja de fatigar a quien se interna en sus páginas.

Después de varios capítulos uno se pregunta si el señor Alemparte no habrá equivocado el título de su obra y en vez de ponerle *Andanzas por la Vieja España* habría sido preferible haberlo sustituido por "Notas históricas sobre la Vieja España" o algo por el estilo. De este modo, no induciría a equivocaciones a los lectores. Más adelante, se puede apreciar que el ritmo del libro no se abandona en parte alguna y al darle término se llega a la conclusión de haber leído una verdadera historia española y no un libro de viajes.

Y se dice una verdadera historia española, porque se va pasando revista a hombres y acontecimientos que han tenido alguna importancia; a través del tiempo, para ello se cita, como se ha visto, a muchos tratadistas, se copian fragmentos de obras de variada índole, crónicas antiguas, hasta versos... Todo esto será muy interesante e instructivo, pero ya se conoce por otras obras de primera mano.

Por otra parte, cuando el afán histórico del señor Alemparte deja libre el paso al viajero, cuyo testimonio interesa como cosa fundamental, se llega a observaciones insólitas, como las que se citan a continuación: "Chocolate y churros. El chocolate con churros sigue siendo un placer para los españoles" (pág. 205). Otra: "El mondadientes: También en Portugal se usa el mondadientes" (pág. 312). ¿Qué importancia tiene referir semejantes trivialidades? Pues, ninguna; sin embargo, no hay que extrañarse de ver incluidos en el texto tales declaraciones cuando el autor, mientras volaba sobre los Andes, iba reflexionando: "A ratos, surge el temor de una avería cualquiera, que haga caer vertiginosamente el avión. Es, sin duda, la muerte; pero, por lo menos, una muerte fulminante, libre de absurdos funerales, y del tétrico ataúd..." (pág. 2). Esto revela, antes que nada, una ingenuidad a ojos vista, impropia del señor Alemparte. Está bien que lo haya pensado, pero estam-parlo por escrito y con su firma...

Ignoro si tales observaciones, como el autor lo declara, "ayuden a comprender mejor las esencias de lo hispano", pero en todo caso no tienen la menor trascendencia y no se ve la utilidad de que aparezcan impresos. Pero no es conveniente detenerse en estos detalles, porque el valor de *Andanzas por la Vieja España* no reside, por fortuna, en ellos. Si como libro de viajes, la obra de don Julio Alemparte ostenta no pocos defectos, como instrumento didáctico, es de primer orden, por la erudición maciza que demuestra quien la suscribe, que ha debido leer multitud de libros sobre la materia para documentarse a conciencia y en seguida divulgar los conocimientos que esos llevan consigo.

*Andanzas por la Vieja España* es un libro en esencia instructivo; a veces yo pensaba que su autor se quitaba voluntariamente de la escena, para que en vez suya aparecieran tratadistas, historiadores y ensayistas de la altura de Menéndez y Pelayo, Ortega y Gasset, Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz, Américo Castro y otros, para que éstos procedieran a explayarse sobre temas que el señor Alemparte considerara de interés para el lector. No puede negarse que en tal aspecto consigue su objetivo; las palabras autorizadas de aquellos se expanden en el ámbito de este libro y resuenan convenientemente. Se echa de menos, sí, en muchas oportunidades, la opinión del colega chileno, devoto de las mismas disciplinas profesadas por quienes honran a la intelectualidad española.

El señor Alemparte, en otro de sus viajes, abandona ese criterio, y nos brinda una crónica titulada "Viernes Santo en Toledo", interesantísima, que revela una fina pupila, a un poseedor de aguda sensibilidad. ¿Por qué no utilizó esas mismas condiciones en todo su libro? No se sabe. Sólo cabe lamentarlo en nombre de las letras chilenas. No habría sido éste un libro de contrastes marcados, sino que homogéneo en su todo, ameno, sin que por ello perdiera su virtud didáctica, que desde luego cabe reconocerle con toda lealtad.

Tomás P. Mac Hale.

JR. *Crónicas*, de RENÉ SILVA ESPEJO.  
Zig-Zag, 1961

No es enteramente efectivo que el género periodístico tenga por lo general breve existencia —casi siempre un día—, como lo pensaba Carlos Silva Vildósola, porque los artículos recogidos en volumen, por ostentar esa calidad, subsisten al menos en las bibliotecas. El libro de por sí realza las ventajas literarias; muy distinto es el artículo periodístico: pronto se le olvida y sobre él se amontonan multitud de otros de índole semejante.

Comprendiendo estos inconvenientes y para deleite de sus lectores, el gran periodista René Silva Espejo ha recopilado con el título de *Jr Crónicas* una colección de ellas, de épocas diferentes, rescatándolas del olvido involuntario en que habían caído. En el señor Silva Espejo reside una dualidad muy significativa y digna de atención; es autor, por una parte, de editoriales de gran profundidad y que revelan notoria versación en los temas sobre los cuales